

VLADIMIR MAKANIN

EL PRISIONERO
DEL CÁUCASO Y OTROS
RELATOS

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE OLGA KOROBENKO

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Кавказский пленный — Буква А*
Антилидер — Удавшийся рассказ о любви

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2007 by Vladimir Makanin
© de la traducción, 2011 by Olga Korobenko
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención
de la Mikhail Prokhorov Foundation
(programa de traducción TRANSCRIPT)



Фонд
Михаила
Прохорова

Cubierta realizada a partir de *Jim Shvante*
(*marili svanets*), de 1930

ISBN: 978-84-15277-39-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 35 095-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Lo más probable es que ninguno de los dos soldados supiera que la belleza iba a salvar el mundo, pero ambos, más o menos, sabían lo que era la belleza. En medio de las montañas percibían la belleza (la belleza del entorno) demasiado bien (los asustaba). De la garganta montañosa brotó, inesperadamente, un arroyo. Un claro teñido por el sol de un amarillo deslumbrante los puso todavía más alerta. Rubajin era el que marchaba al frente, por tener más experiencia. Este espacio lleno de sol le recordó su infancia feliz (aunque no la había tenido). Unos orgullosos árboles sureños (no conocía sus nombres) se mantenían distantes sobre la hierba. Pero lo que más inquietaba a aquella alma de la llanura era la hierba alta, que respiraba bajo un viento débil.

—Espera, Vova. No corras—dijo Rubajin en voz muy baja.

Caminar por un espacio abierto y desconocido equivale a estar en el punto de mira. Antes de apartarse de los frondosos matorrales, Vovka, el fusilero, alza su carabina y la mueve con lentitud de izquierda a derecha, sirviéndose de su mira telescópica a modo de prismáticos. Contiene la respiración. Observa ese espacio generosamente soleado. Al lado de una pequeña colina, descubre un transistor.

—¡Ajá!—exclama Vovka, el fusilero, susurrando. (En la colina reseca, la carátula del transistor destella con el sol).

Moviéndose a grandes zancadas, los dos soldados, con guerreras jaspeadas, alcanzan la trinchera cavada a medias (y largamente abandonada) de un gasoducto, la colina rojiza, salpicada con los colores del otoño. La rodean: han reconocido el transistor. Al cabo Boyarkov, después de be-

ber, le gustaba retirarse y quedarse tumbado solo en algún sitio, abrazado a ese pequeño y viejo transistor. Buscan el cuerpo apartando las altas hierbas. Lo encuentran no lejos de ahí. Hay dos piedras acomodadas encima del cadáver de Boyarkov. Encontró la muerte. (Le dispararon a quemarropa—al parecer, ni siquiera alcanzó a frotarse los ojos enturbiados por el alcohol—. Mejillas hundidas. En la unidad decidieron que se había dado a la fuga). Nada de documentos. Hay que informar. Pero ¿por qué los guerrilleros no se han llevado el transistor? ¿Acaso porque sería una prueba? No. Es porque está demasiado viejo y estropeado. No vale nada. La irreversibilidad de lo ocurrido (la muerte es un caso evidente de irreversibilidad) los apremia y acucia en contra de su voluntad: hace que ambos soldados se muevan nerviosos. Usando unas piedras planas a modo de palas, con gestos enérgicos y rápidos, entierran al muerto. En cuanto puede verse un pequeño montículo de tierra encima de él (un montículo bien visible), los soldados siguen su camino.

De nuevo—en la salida misma de la garganta—la hierba alta. No se ha marchitado en absoluto. Ondea silenciosamente. Y con qué alegría alborotan en el cielo (por encima de los árboles, por encima de los dos soldados) los pájaros. Tal vez en este sentido la belleza sí que esté salvando el mundo. De vez en cuando aflora como una señal. Para no permitir que el hombre se aparte del camino. (Andando cerca de él. Vigilando). Poniéndolo alerta, la belleza lo obliga a recordar.

Pero esta vez el sitio abierto y soleado resulta conocido y seguro. Las montañas se alejan. Ante ellos hay un camino recto; un poco más allá se ve una bifurcación polvorienta surcada por los coches, y, al fondo, la unidad militar. Los soldados, sin querer, aprietan el paso.

Sin embargo, el teniente coronel Gúrov no está en la uni-

dad, sino en casa. Han de ir allí. Sin descansar siquiera un momento, los soldados parten a donde vive el teniente coronel, todopoderoso en este lugar y en los alrededores, bellos y siempre soleados. Vive con su mujer en una robusta casa de pueblo, con una terraza emparrada, idónea para descansar. Tiene también un huerto y animales. Son las horas de calor, el mediodía. En la terraza descubierta están el teniente coronel Gúrov y su huésped, Alibékov; acaban de comer y dormitan, sofocados, en las ligeras sillas de mimbre, a la espera del té. Rubajin, balbuciendo y un poco nervioso, informa. Gúrov los mira con ojos somnolientos: están cubiertos de polvo, han venido sin que se les haya ordenado y sus caras le resultan completamente desconocidas—cosa que tampoco dice demasiado en su favor—; por un instante, rejuvenece: de pronto alza la voz y grita: «Ni hablar de ayudar a nadie, ¡qué narices!»; le da la risa sólo de oír que debe mandar a sus soldados a no se sabe dónde para socorrer a unos camiones que, por su propia estupidez, *se han dejado pillar* en aquel desfiladero...

Es más: tampoco a ellos les va a dejar marcharse de rositas. Enfadado, manda a los dos soldados que se ocupen de la arena: que trabajen de verdad—que ayuden a arreglar su patio—. «Media vuelta, ¡ar! ¡Maaarchen! Vais a esparcir aquel montón de arena que hay junto al acceso. ¡Y quiero arena en todos los senderos!: los que dan a la casa y los que dan al huerto. ¡Está todo sucio, me cago en la leche, no se puede pasar!...». La mujer del teniente coronel se alegra, como cualquier ama de casa, de disponer gratis de unos soldados. Anna Fiódorovna aparece enseguida en el huerto, con el vestido arremangado, botas de hombre maltrechas y sucias, dando gritos de contento: ¡después le ayudarán también con los bancales!... Los soldados transportan la arena en carretillas. La esparcen, la lanzan con sus palas a

los senderos. Hace calor. Y la arena está húmeda; han debido de cogerla al lado del río.

Vovka planta el transistor del cabo muerto sobre el montón de arena; ha encontrado música rítmica. Así se animan. (Pero bajito. Por su propio bien. Para no molestar a Gúrov y Alibékov, que están hablando en la terraza. A juzgar por las lánguidas palabras que les llegan, Alibékov está regateando para conseguir armas—un asunto importante).

El transistor sobre el montón de arena hace que Rubajin vuelva a recordar. Qué sitio más bello escogió Boyarkov para su ruina. ¡Estúpido borrachín! Tuvo miedo de dormir en el bosque y salió al claro. Encima, se buscó un montículo. Cuando vinieron los guerrilleros, Boyarkov debió de darle un golpe al transistor (su compañero inseparable) para que cayera en la hierba. Tenía miedo de que se lo quitaran. «Me las apañaré de alguna forma, pero no se lo entregaré». ¡Qué va! Más bien debió de dormirse borracho y el transistor se le cayó simplemente de las manos y rodó por la ladera.

Lo mataron a bocajarro. Jóvenes. De los que tienen prisa por matar al primero, para cogerle el tranquilo. Aunque esté dormido. El transistor estaba ahora sobre el montón de arena, pero Rubajin veía aquel montículo rojizo bañado por el sol, con dos arbustos tenaces en la ladera norte. La belleza de aquel lugar le había impresionado y Rubajin—en su fuero interno—no se desprende de la ladera donde Boyarkov se quedó dormido, de aquel montículo, de la hierba, de las doradas hojas de los arbustos (los absorbe cada vez más y con ellos asimila una experiencia de la supervivencia que resulta irremplazable). La belleza nunca renuncia a su intento de salvar. Se le mete a uno en la cabeza. Le hace recordar.

Al principio empujaban las carretillas con esfuerzo por la tierra fangosa, pero luego se les ocurrió colocar tablas

encima de los senderos. Vovka va delante y mueve su carretilla con agilidad; tras él, Rubajin empuja la suya, cargada con una enorme pila de arena. Se ha quitado la ropa hasta la cintura y su cuerpo robusto y mojado por el sudor resplandece al sol.

2

—Te doy diez Kaláshnikov. Te doy cinco cajas de cartuchos. ¿Me has oído, Alibek? Cinco, no tres.

—Te he oído.

—Pero que para el día uno tengamos las provisiones...

—Petróvich, a mí me entra un poco de modorra después de comer. Y a ti también, que yo sepa. ¿No se habrá olvidado Anna Fiódorovna de nuestro té?

—No se ha olvidado. No te preocupes por el té.

—¡Cómo que no me preocupe!—El huésped se ríe—. El té no es la guerra, el té se enfría.

Poco a poco Gúrov y Alibékov reanudan su interminable conversación. Pero la languidez de sus palabras, como la parsimonia de la discusión, es falsa: Alibékov ha venido a por las armas y Gúrov, sus oficiales y sus soldados necesitan las provisiones, los alimentos, cueste lo que cueste. La moneda de cambio, por supuesto, son las armas; a veces, la gasolina.

—Que la manduca esté aquí para el día uno. Y nada de estúpidas emboscadas en los montes. No es preciso que haya vino, pero sí vodka, aunque sólo sea un poco.

—Vodka no queda.

—¡Tú busca, busca, Alibékov! ¡Que yo bien que te busco los cartuchos!

El teniente coronel llama a su mujer: «¿Qué pasa con el té? ¡Ah, ya verá qué té más bueno y más fuerte les va a llevar

en un santiamén!... Pero ¿cómo es posible, Ania? ¡Si nos habías gritado desde los bancales que ya lo tenías hecho!».

A la espera del té, los dos encienden sus cigarrillos, sin prisa, con la indolencia de la sobremesa. El humo se arrastra con la misma pereza desde la terraza a las vides y se extiende, por capas, hacia el huerto.

Tras hacerle a Rubajin una señal—«Ya que nos toca estar aquí, al menos voy a intentar conseguir algo que echarnos al colete»—, el fusilero se aleja paso a paso hacia la sebe. (Los ademanes y las señales de Vovka no dejan nunca de ser sofisticados). Tras la sebe hay una mujer joven con un niño, a la que Vovka, el fusilero, enseguida empieza a guiñar el ojo. Al fin salta la sebe y entabla conversación. ¡Bien hecho! Rubajin sigue empujando la carretilla con la arena. A cada uno lo suyo. Vovka es de esos soldados alegres que no aguantan el trabajo monótono (ni tampoco el de ningún otro tipo).

Mira tú por dónde: ¡se han entendido! Es sorprendente ver cómo cede esa damisela—como si sólo hubiera estado allí a la espera de que un soldado cualquiera le hablara con cariño—. De todas formas, Vovka es majó, sonrío mucho y, allí donde se detiene un segundo de más, echa raíces.

Vovka la abraza, ella le pega en las manos. Cosas de la vida. Están a la vista y Vovka advierte que habría que hacerla entrar en la casa. Trata de persuadirla; luego intenta arrastrarla de la mano. La damisela se resiste: «¡He dicho que no!»; dice mientras se ríe. Sin embargo, se acercan paso a paso a la isba, hacia la puerta entreabierta a causa del calor. Y al final llegan... El pequeño, al lado de la puerta, continúa jugando con un gato.

Mientras tanto, Rubajin sigue con su carretilla. Allí donde no se podía pasar, ha colocado las tablas en línea, quitándolas de donde estaban antes—con cuidado guía la rueda sobre ellas, aguantando el peso de la arena apilada—.

El teniente coronel Gúrov prosigue su pausado regateo con Alibékov. Su mujer (tras lavarse las manos y ponerse una blusa roja) les ha servido el té, a cada cual el suyo—dos teteras de elegancia oriental.

—¡Qué bien le ha quedado la infusión! ¡Se nota que es una experta!—la alaba Alibékov.

Gúrov:

—Pero ¡por qué eres tan cabezota, Alibek!... Bien mirado, tú no eres más que un prisionero. Así que no te olvides de dónde estás. Estás en mi casa.

—¿Cómo que estoy en tu casa?

—Sí. Estos valles son nuestros.

—Los valles serán vuestros, pero las montañas son nuestras.

Alibékov se ríe:

—Estás de broma, Petróvich. Cómo voy a ser yo un prisionero... ¡Si el prisionero aquí eres tú!—Se ríe de nuevo, y señala a Rubajín, que empuja la carretilla con empeño—: Él es el prisionero. Tú eres el prisionero. ¡Todos tus soldados son prisioneros!

Se ríe otra vez:

—Pero yo, justamente, no.

Y sigue con lo suyo:

—Doce *Kalash*. Y siete cajas de cartuchos.

Ahora es Gúrov el que se ríe:

—¡Doce, ja-ja!... ¿Qué número es ése, doce? ¿De dónde sacas esos números?... Yo entiendo «diez»: un número en condiciones, fácil de recordar. ¡Así que metralletas, diez!

—Doce.

—Diez...

Alibékov suspira con admiración, chasqueando la lengua:

—¡Qué tarde más bonita va a hacer hoy!

—Falta mucho para la tarde.

Se toman el té con parsimonia. Es la conversación pausada de dos personas que se conocen desde hace tiempo y se respetan. (Rubajin empuja la carretilla. La inclina. Echa la arena. La distribuye con una pala y la iguala a ras de tierra).

—¿Sabes, Petróvich, lo que dicen nuestros ancianos? En nuestras aldeas y aúles¹ hay ancianos muy listos.

—¿Y qué dicen?

—Pues dicen que tenemos que hacer una campaña en Europa. Es hora de ir allí otra vez.

—¡Te has pasado, Alibek! ¡Euroooopa...!

—¿Por qué? Europa es Europa. Los ancianos afirman que no está tan lejos. Los ancianos están descontentos. Los ancianos dicen: donde vayan los rusos, vamos nosotros, y, al final ¿por qué nos matamos los unos a los otros?

—¡Pues pregúntaselo a tus amigos!—grita Gúrov con rabia.

—Oooh, te has enfadado. Al tomar el té, el alma se llena de bondad...

Guardan silencio durante un rato. Alibékov sigue deliberando mientras se sirve más té, tranquilamente:

—... tampoco está tan lejos. De vez en cuando hay que ir a Europa. Los ancianos dicen que, entonces, aquí haríamos enseguida las paces. Y tendríamos una vida normal.

—Pues ya puedes esperar sentado. ¡A saber cuándo llegará ese día!...

Gúrov suspira:

—Es cierto, va a hacer una tarde preciosa. En eso tienes razón.

—Yo siempre tengo razón, Petróvich. Bueno, diez *Kalash*, de acuerdo. Y de cartuchos, siete cajas...

¹ Aldeas en el norte del Cáucaso.